Papeles de Identidad, 2024/2
https://doi.org/10.1387/pceic.26847

Papeles de Identidad
contar la investigación de frontera

ISSN 1695-6494

¿Cómo te llamas? ¿Cómo te han llamado? Cavilaciones dispersas sobre algunas prácticas nominadoras y re-nominadoras

What is your name? What have you been called? Scattered musings on some nominating and re-nominating practices

Pablo de Marinis
CONICET & Universidad de Buenos Aires (Argentina)

RESUMEN: El artículo toma como punto de partida una constatación bastante elemental: la mayor parte de las «cosas» que existen tienen un nombre, que a menudo es cambiado una o más veces, a través del tiempo, por las mismas «cosas» o por quienes toman a su cargo (o están en condiciones de asumir) esas tareas de nominación y re-nominación. Precisamente esto le ha sucedido a la revista que ahora ha asumido el nombre *Papeles de Identidad*. El artículo toma este acontecimiento como pretexto para, a través de la presentación de variados ejemplos, reflexionar acerca de los procesos implicados en las operaciones de poner y cambiar nombres, claves para la constitución de la identidad de personas, grupos, instituciones y cualquier otra entidad que se quiera tomar en consideración.

Palabras clave

Identidad
Prácticas de nominación
Prácticas de re-nominación

ABSTRACT: The article takes as its starting point a rather elementary observation: most of the «things» that exist have a name, which is often changed one or more times, over time, by the «things» themselves or by those who take on (or are in a position to take on) these tasks of nomination and re-nomination. Precisely this has happened to this journal that has now taken the name *Papeles de Identidad*. The article takes this event as a pretext to reflect, through the presentation of various examples, on the processes involved in the operations of naming and re-naming, which are key to the constitution of the identity of individuals, groups, institutions and any other entity to be taken into consideration.

Keywords

Identity
Nomination practices
Re-nomination practices

* ***Correspondencia a / Correspondence to:*** Pablo de Marinis. CONICET & Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. J. E. Uriburu, 950, 6.º piso (C1114AAD-Ciudad Autónoma de Buenos Aires-Argentina) – pablodemarinis@gmail.com – https://orcid.org/0000-0002-0323-5708.

Cómo citar / How to cite: De Marinis, Pablo (2024). «¿Cómo te llamas? ¿Cómo te han llamado? Cavilaciones dispersas sobre algunas prácticas nominadoras y re-nominadoras». *Papeles de Identidad. Contar la investigación de frontera, vol. 2024/2*, papel 299, 1-8. (https://doi.org/10.1387/pceic.26847).

Fecha de recepción: julio, 2024 / Fecha aceptación: agosto, 2024.

ISSN 1695-6494 / © 2024 UPV/EHU

Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

(Casi) todas las «cosas» que existen tienen un nombre, una designación verbal que las identifica, caracteriza y distingue entre todas las demás «cosas» que existen. Por su propia condición, algunas de estas «cosas» son capaces de ponerse el nombre ellas mismas, y también ellas mismas pueden cambiárselo, si así lo desean. Otras, deben ser necesariamente nombradas por otrxs, y lo mismo sucede con sus re-nominaciones. Quizás no tenga demasiado sentido tanta insistencia de mi parte en colocar comillas a la palabra «cosas» cada vez que ella aparezca en este texto. Después de todo, con este reiterado juego de malabares con unos signos de puntuación no pretendí hacer otra cosa —ahora sí, sin comillas— que indicar que «cosa» implica aquí, y en todos los devaneos de los párrafos que siguen, «cosas» tan variadas y heterogéneas entre sí como mi tía Lidia, la ciudad donde vivo, el perro que olfatea mi zapato, una sopa humeante, tibia o fría, la impresora en la que después imprimiré lo que haya quedado plasmado en estas notas para así poder corregirlo mejor, una fresca planta de lechuga, las neuronas que exprimo con frenesí para tratar de extraer de ellas alguna idea más o menos perspicaz, el viento que sopla con una intensidad propia de cualquier invernal agosto en el hemisferio Sur, las bacterias que atacan el trozo de queso que ayer dejé fuera del refrigerador, la institución que quizás no se entere de que el salario que me paga también está remunerando la escritura de cosas como esta que acometo ahora, esta cosa que acometo ahora y muchos etcéteras más. Personas, lugares, animales, objetos de humana factura, artefactos tecnológicos, organismos unicelulares, instituciones, vegetales, fenómenos de la (así llamada) naturaleza. Todo esto es susceptible de recibir o de autoasignarse un nombre, o varios. Y este nombre y estos nombres bien pueden cambiar o ser cambiados, a través del tiempo, y de hecho esto es lo que hacen.

Quienes venían haciendo la revista *Papeles del CEIC* han decidido cambiarle su nombre. O quizás, actante al fin, haya sido la revista la que encaró su propio cambio de denominación[1]. El equipo editor tendrá seguramente sus razones para llevar a cabo estos cambios. Algunas ya las han hecho públicas, otras quizás ni siquiera las sepan, aunque, conociendo a esta gente, deben tener, aunque sea, algunas intuiciones al respecto. Y así, nos han invitado, a mí y a quienes me acompañan en este número de la revista, a pensar y escribir algo acerca de tan magno acontecimiento. Me siento honrado por esta convocatoria, como viejo parroquiano de este bar que soy. Pero antes de generar una falsa expectativa respecto de este texto, quisiera lanzar una importante aclaración: no perseguiré aquí mayormente propósitos borgianos[2]. Tampoco me inspirarán motivos saussurianos, ni peircianos, como también podría esperarse, dados el tema en cuestión y su contexto. Mi incursión será, apenas, de un carácter módicamente sociológico. Pero sepan que en este «apenas», en realidad estoy encubriendo algo que se parece bastante a la falsa modestia. Porque no paso por alto que la sociología (al menos, la que me parece buena sociología) siempre está involucrada, también, en reflexiones sobre algo social de cabo a rabo, como es el lenguaje (el lenguaje sociológico, desde ya, pero también El Lenguaje, en general). Y, también, porque creo que esa (buena) sociología no debe ser mezquina a la hora de entablar relaciones, siempre potencialmente productivas y provechosas, con la mejor literatura.

---

1 Sé que esta disquisición acerca del «actuar» de actores no humanos es importante, y advierto culpablemente que no voy a poder profundizarla aquí, porque no he leído lo suficiente la bibliografía necesaria y adecuada para apuntalar teóricamente, como se debe, mis argumentaciones.

2 Sí, estoy recordando precisamente aquella genialidad de «Si (como afirma el griego en el Crátilo) / el nombre es arquetipo de la cosa / en las letras de "rosa" está la rosa / y todo el Nilo en la palabra "Nilo"».

Les anticipo el plan de mi texto, desde aquí hasta el final: exhibir algunas tensiones y torsiones necesariamente implicadas en toda operación de nombrar(se), o de renombrar(se). Todo esto, se apoyará sobre un ramillete de evidencias de diferentes formas y longitudes, algunas bastante obvias, pero que de todos modos se pondrán al servicio del apuntalamiento de una verdad incontestable: en el nombre, en todo nombre o re-nombre, se cifra algo (mejor dicho, se cifra demasiado) de la identidad de lo nombrado, de la identidad que se tenía o se tiene, de la que se adquiere o asume, de la que quizás todavía no se tiene pero que, a través del cambio de nombre, se instiga, alimenta, fogonea o promueve. Por cierto, ¿cuál era el nuevo nombre propuesto para la revista? ¿*Papeles de identidad*? Prosigamos.

1. LOS NOMBRES DE LXS HIJXS

En la elección del nombre de lxs hijxs[3] suelen cifrarse expectativas acerca del devenir de esas biografías que están por iniciarse, deseos inconfesables y quizás también inconscientes, deliberadas inscripciones y ubicaciones en algún sector de la estructura social y en los parámetros de gusto y distinción que a ese sector, al parecer, le serían inherentes. En esos nombres, a menudo resuenan con fuerza los ecos de una generación y de una época histórica (pasada o presente), de un linaje familiar, o de una pertenencia étnica o nacional (más o menos «real», o más o menos «aspiracional»). Precisamente de allí brota entonces la (¿abusiva?) práctica de cargar los hombros de lxs hijxs con responsabilidades y compromisos, aunque, al parecer, todo venga signado y atravesado por la tibia y matriarcal memoria (privada) de la abuela Eloísa, o por el estridente (y público) legado de un guerrillero heroico llamado Ernesto, o por la musicalidad mapudungún que supuestamente portaría consigo el (entre tanto, en nuestro círculo de relaciones sociales, ya no tan exótico) nombre de Ayelén[4].

2. LOS NOMBRES DE LOS GRUPOS DE LAS APLICACIONES DE MENSAJERÍA

Como bien se sabe, en las aplicaciones de mensajería como WhatsApp, Telegram o Signal, además de las comunicaciones entre dos usuarixs, son posibles las interacciones grupales. Para poder ser identificados y distinguidos de otros grupos y de usuarixs individuales, esos grupos deben necesariamente nombrarse. En esos nombres se cifra mucho de lo que esos grupos son, de las operaciones que los constituyeron y de las prácticas que los sostienen a través del tiempo, de las formas a través de las cuales esos grupos se problematizan a sí mismos, o se presentan ante sus propios miembros. Así, hay grupos que se autopresentan de manera frontal, casi burocrática, anunciando sin devaneo alguno lo que sencillamente son («Comunidad Calle del Pez Nro. 27» o «ma/padres 4to B»), o lo que hacen («Proyecto Teoría Social 2023»). A veces suelen añadirse indicaciones adicionales acerca del cuándo («Futbol

[3] Lo diré solo una vez, y ya no lo reiteraré: todos los cuentos que siguen, de aquí en más, hablarán de «otras cosas» (en este caso, los nombres de lxs hijxs), pero deberían servir para pensar en esta revista, sus nombres y las operaciones posiblemente implicadas en el cambio de su nombre.

[4] El argumento es el mismo si en lugar de «mapudungún» ponemos «euskera» y si en lugar de «Ayelén» ponemos «Iñaki».

https://doi.org/10.1387/pceic.26847

martes») o el dónde («Vacaciones Portugal») hacen lo que hacen. En los nombres de otros grupos se reflejan autosegregaciones y desdoblamientos a partir de grupos más grandes en los que previamente se participaba (o de los que simultáneamente se forma parte). En esa denominación, puede haber algo de ironía, crítica o sorna respecto del grupo mayor, o exclusiones deliberadas de algunos de sus miembros («Grupo de los jueves - los auténticos», «Grupo de los jueves - SIN Roberto»). Otros grupos, finalmente, tienen unos nombres que no se sabe cómo ni de dónde surgieron, pero pese a la aparente arbitrariedad que estuvo en la base de su designación, su uso reiterado les termina otorgando una densidad y una espesura ontológica considerable. El mejor ejemplo para esto es el nombre que lleva el grupo de WhatsApp de mi núcleo familiar primario: «Hindú». Se trata de un nombre ciertamente curioso para el grupo, pues ninguno de sus integrantes podemos explicar cómo ha llegado a identificarnos[5].

3. LOS NOMBRES «OFICIALES» Y LOS «SUBTERRÁNEOS»

Como ya lo observé más arriba, los nombres pueden ser portados tanto por «individuos» como por «colectivos». Unos y otros, pueden tener denominaciones que se usan exclusivamente para las presentaciones «en sociedad», de carácter público, y simultáneamente otros nombres que son más bien de entrecasa, de bata y pantuflas, de «puertas adentro» y de intimidad. Los primeros, son los que aparecen en las *home pages* de las páginas web y en los membretes de la papelería oficial de las instituciones, en los registros públicos, en los documentos de identidad de las personas y en ese noble artefacto, ahora ya caído en cierto desuso, de las tarjetas de visita. En los segundos, pueden cifrarse algunos rasgos y atributos de los individuos y, en el caso de los grupos, pueden expresarse ciertas complicidades entre todos o algunos de sus miembros y que, por diversas razones, no se quieren o no se pueden dar a conocer abiertamente. Integro diversos colectivos que tienen nombres de ese tipo, desdoblados en sus dos caras: una «oficial» orientada hacia afuera y otra, «subterránea», su anverso, volcada hacia adentro. Si les interesa conocer ejemplos personales de esa cara que apunta hacia el exterior, pueden rastrearlo en mi *curriculum vitae,* apenas googleando un poco. Pero los ejemplos de la otra cara, que mira hacia el interior, por supuesto, no pienso revelárselos.

4. LOS NOMBRES PRETENCIOSOS Y LOS NOMBRES HUMILDES

Hay nombres pretenciosos, puestos o autoimpuestos para impresionar, para llamar la atención, para despertar una intensa admiración, un cauteloso respeto, un temor reverencial. Hay otros, en cambio, más humildes, casi como si con su adopción y uso se buscara deliberadamente no sobresalir, o cultivar una medrosa medianía, o exacerbar un grado de incorpora-

[5] Salvo por un particular gusto por la comida de la India y zonas de influencia (adquirido por ese «multiculturalismo gastronómico» tan propio de ciertas clases medias, y pese a que nunca hemos estado en esa parte del mundo), no es realmente mucho lo que nos vincula a ella, como para que se justifique la adopción de tal nombre para nuestro grupo de WhatsApp.

ción o asimilación que, *prima facie*, no se tiene, en una «sociedad mayor» de la que se aspira a ser miembro más o menos pleno. Pocos ejemplos de los primeros me parecen más adecuados que el «imperio de los mil años» de los nazis que, por fortuna, duró solo doce[6]. Este ejemplo, y otros, muestran que las cosas no siempre se dan como se las imaginan quienes las pergeñan, y si esto es así, el originario afán de impresionar a veces termina desencadenando apenas muecas risueñas, comentarios despectivos o irónicos. Pienso ahora en la «Secretaría de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional», una dependencia del Ministerio de Cultura de mi país, que duró apenas un año y medio en funciones, entre 2014 y 2015. Mayor suerte, al menos en lo referente a su duración, tuvo el «Viceministerio para la Suprema Felicidad Social del Pueblo» venezolano, creado en 2013 y todavía vigente. No me interesa valorar ni cuestionar aquí las acciones emprendidas por ambas oficinas. Sólo me llama la atención lo ampuloso de sus denominaciones, y cuán fácil resulta que caigan en acusaciones de ridiculez, irrelevancia o paternalismo autoritario.

Entre los nombres humildes, o que buscan no sobresalir, y articulado con otro tema ya mencionado más arriba, se me ocurren algunos de los nombres que algunas familias migrantes le ponen a sus hijxs. Se trata, en estos casos, de nombres extremadamente generalizados y comunes en esas sociedades, intentando de ese modo dar señales (lo mismo da si son auténticas o sobreactuadas) de «integración» o «asimilación» en lo que lxs colegas que investigan temas migratorios llaman «sociedades de acogida». Tengo claro que también puede darse el fenómeno inverso, resultando en ese caso escogidos unos nombres que refuerzan y enfatizan la «diferencia» y la «extrañeza» respecto de los usos y costumbres locales.

5. LA SEMÁNTICA IDEOLÓGICA DE LOS NOMBRES

Ya lo hemos sugerido más arriba: en los nombres de las personas siempre se cifran inscripciones y ubicaciones en alguna parte (sector, clase, estrato, colectivo, grupo o subgrupo) de la sociedad, tanto sean las ubicaciones actuales y reales como las futuras e imaginadas, o deseadas, o a las que se aspira. Te pongo el nombre de lo que eres, o el que mejor refleja de dónde procedes, pero también uno que muestra hacia dónde quiero que vayas, o lo que aspiro a que te conviertas.

Algo bastante análogo sucede con los nombres de las instituciones. Cuando se trata de instituciones con capacidad de incidir sobre las vidas y las muertes de millones de personas, esos nombres, a la vez descriptivos y performativos de tareas e incumbencias, todo esto se intensifica. Así, ¿a alguien le puede caber alguna duda de que se están deslizando diferencias realmente muy significativas entre un Ministerio de «Bienestar Social», uno de «Acción Social», uno de «Desarrollo Social», y uno de «Capital Humano»? Estos fueron los diferentes nombres que fueron tomando (en realidad, que le fueron poniendo a) los ministerios de (por decirlo rápido) «asuntos sociales» de Argentina, desde 1966 hasta hoy. En estos diferentes nombres condensan concepciones también diferentes del rol del Estado, de su capacidad de incidir en la vida social, y del estatuto de los ciudadanos, beneficiarios, clientes (también estas dife-

[6] Me arrepentí de decir «solo» inmediatamente luego de escribirlo. Espero se entienda el sentido en el que lo digo, que de ningún modo pretende minimizar su tremendo alcance y su grave impacto en la historia de la humanidad.

rentes denominaciones reflejan otros importantes desplazamientos semánticos) que aparecen como correlato de las intervenciones, acciones y omisiones de este (o estos) ministerio/s. Lo que me interesaba subrayar por medio de estos ejemplos es que, más allá de asombrosas continuidades, que también las ha habido, todos estos cambios de nombre reflejaron e impulsaron importantes virajes y reordenamientos de orientaciones político-ideológicas generales. Los cambios de nombre, como estos que estoy mencionando, siempre participan en las luchas por el sentido, y son una de las más poderosas herramientas que en estas luchas suelen movilizarse.

6. LA VOLUNTAD NOMINADORA DE LOS GOBIERNOS «INTENSOS»

Lo que sigue lo diré a contrapelo de buena parte de los manuales de ciencia política. Haré caso omiso a una de las variables que más se suelen tener en cuenta en esa perspectiva disciplinaria al caracterizar a tal o cual gobierno: su carácter dictatorial-autoritario-totalitario *vs.* su impronta democrática. Aquí tallarán más fuerte otro tipo de atributos que pueden asumir esos gobiernos. Así, diré entonces con politológico desparpajo, si los diferentes gobiernos existidos, existentes o por existir, pudieran agruparse en dos polos contrapuestos, siendo uno de ellos aquel de la intensidad y el exceso, y el otro aquel de la mesura, la sobriedad y la autocontención, en relación con el tema que hoy nos convoca, sería posible caracterizar a los primeros (a los «intensos») como nominadores rimbombantes, grandilocuentes o eufemísticos, y, sobre todo, como re-nominadores seriales. En contraste, los segundos, serán mucho menos proclives a la renominación y, llegada la necesidad de ponerle un nombre a algo, tenderán a escogerlos de tonalidades más bien neutrales, o llanamente descriptivas del objeto de la nominación. Los primeros, en suma, tienden a ser impetuosos creadores o feroces aniquiladores (o radicales reformadores) de instituciones, y los segundos suelen elevar a máxima valores tales como «estabilidad» o «continuidad institucional», de los cuales los otros mayormente reniegan.

Alguien podría preguntarse qué «cosas» podrían resultar objetos de estas operaciones de nominación o renominación. La respuesta es bastante obvia: todas las «cosas» que pueden caer bajo la incumbencia de un gobierno, desde una calle hasta un periodo histórico completo, pasando por una cierta institución, una determinada dependencia o repartición, un cargo oficial, un plan, programa o proyecto de política pública, un partido, alianza, grupo político o movimiento.

Vamos ya mismo a examinar algunos ejemplos. Hacia finales de la década de los 70 del siglo XIX, el gobierno y Estado argentinos encararon una ambiciosa campaña militar, mostrando en ello una gran «intensidad», en el sentido en el que la menté dos párrafos atrás. Esa campaña fue designada como «Campaña al Desierto». Gracias a ella, se ocuparon y pusieron bajo control estatal grandes extensiones de tierra que habían estado hasta entonces en poder de diversos pueblos originarios. Lo relevante de este caso, para el presente texto, es que el «desierto» no era tal, o era un desierto ciertamente extraño, pues estaba habitado, aunque lo estaba por gente a la que, desde aquella perspectiva, no se le debía permitir estar allí, al menos no como amos y señores de esos territorios. Este es un caso interesante, una suerte de engaño deliberado, pues algo recibe un nombre que remite a cosas que no son tales (a no ser que directamente se descreyera del carácter humano de aquellos sujetos, y por lo tanto

se los considerara como poseyendo la misma entidad ontológica que las piedras, el viento y los guanacos, también habitantes de aquella zona).

A diferencia de este ejemplo de nombres deliberadamente puestos para engañar o confundir, el «Proceso de Reorganización Nacional» reflejó bastante literalmente en su nomenclatura lo que se propuso hacer aquella horrible dictadura que asoló nuestras vidas (y administró numerosas muertes) entre 1976 y 1983, también en Argentina, un país ciertamente pródigo en gobiernos «intensos». Años después, este mismo nombre («el Proceso») ha sido objeto de un interesante revuelco resemantizador. Hoy por hoy, sólo usan el sintagma «el Proceso» o «el proceso militar» quienes mayormente simpatizan con él, o quienes al menos no ven con tan malos ojos aquel nefasto periodo de nuestra historia, que otros preferimos llamar «dictadura cívico-militar-empresaria y eclesiástica». Se trata, en este último caso, de un largo y engorroso sintagma que solemos utilizar quienes, además de repudiarla, queremos exhibir la complejidad del entramado de complicidad de actores intervinientes, que exceden el mero y evidente sujeto militar. En suma, los nombres que le ponemos a los periodos históricos, nunca son inocentes, y dicen mucho de cómo nos posicionamos valorativamente respecto de ellos.

7. RECONOCIMIENTO DE QUE ES DEMASIADO LO QUE HA QUEDADO EN EL TINTERO... (Y VUELTA A EMPEZAR POR EL PRINCIPIO)

Ya tengo casi cubierto el espacio que me dieron en la revista para decir algo acerca de los cambios de nombre (o de su propio cambio de nombre) y tengo una larguísima lista de casos y ejemplos que ya no podré desplegar. Mencionaré de todos modos algunos pocos de ellos, algunos densos y otros más livianos, para hacerles al menos algún lugar en este texto, así sea de manera incidental y carente de desarrollo[7]: la «forclusión» del significante del «Nombre del Padre» en la perspectiva de Jacques Lacan; la fórmula «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» presente en bautismos, persignaciones y demás actos litúrgicos en la mayoría de las denominaciones cristianas; el uso reiterado por parte de una de mis abuelas de la expresión «no tiene nombre» («el calor que está haciendo no tiene nombre», «lo que me hizo X no tiene nombre»), como indicación de algo que es tan fuerte, tan grave, tan profundo, que se resiste a recibir denominaciones que podrían tener por efecto una reducción de su magnitud o alcance; el increíble apodo que se le aplicó a un expresidente de mi país («el innombrable»), y con el cual se lo sigue mencionando aún hoy[8]; el incisivo poema «Cambios de nombre» del antipoeta chileno Nicanor Parra[9]; el complejo y sinuoso camino de nominaciones y re-nominaciones que va de Bizancio a Constantinopla, y de allí a Estambul; el imperdible capítulo XIII («Nombres») del (también imperdible) libro de Victor Klemperer (2001/1947); la fundación de *L'Année sociologique* por parte de Emile Durkheim, como una

---

7 Y para constatar, una vez más, que el tema «cambios de nombre» era mucho más interesante y jugoso que lo que había supuesto al principio.

8 La leyenda sostenía que si se mencionaba el nombre de ese expresidente, alguna desgracia se descargaría sobre quien lo hacía y, por añadidura, sobre todos los allí presentes. Desde luego, todo eso es falso de toda falsedad. Sin embargo, por las dudas, no pienso revelar ese nombre, ni dar siquiera una mínima pista acerca de su periodo de gobierno, su partido político, etc.

9 Ver: https://www.nicanorparra.uchile.cl/antologia/versosdesalon/cambiosdenombre.html

manera no sólo de ponerle nombre a un espacio en el cual difundir sus propias investigaciones y las de su círculo de colegas y discípulos, sino también de abonar un espacio disciplinario nuevo (la «sociología») y además distinguirlo de otros espacios disciplinarios más largamente asentados entre las constelaciones intelectuales y académicas francesas de la época, como la psicología, la pedagogía, la filosofía y la historia.

Y con esto, con la operación de nominación de una revista de sociología y/o de ciencias sociales, y para concluir ya, me veo tentado a volver al inicio de este cuento, donde se hablaba de otra revista de sociología y/o de ciencias sociales, y que cambia su nombre. Y aquí estamos, simplemente para celebrar este acontecimiento, rodearlo de preguntas, y desearle a la revista (y a quienes la hacen) que ojalá puedan proseguir un fecundo camino de interpelaciones, y que las logren plasmar en *Papeles*, en muchos ejercicios en los cuales «la identidad», seguramente, no saldrá igual a como entró en ellos.

8. REFERENCIAS

Klemperer, V. (2001/1947). *LTI: La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Minúscula.